

JUAN JOSÉ REVENGA

LA ÚLTIMA BALA



LAS ENTRAÑAS
DEL NARCOTRÁFICO
EN MÉXICO

Luciérnaga

JUAN JOSÉ REVENGA

LA ÚLTIMA BALA

LAS ENTRAÑAS
DEL NARCOTRÁFICO
EN MÉXICO



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Juan José Reventa, 2018.

© imagen de cubierta: Shutterstock.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta
Imágenes de cubierta © Shutterstock

Primera edición: enero de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-86-0
Depósito legal: B 27770-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Prólogo	13
1. Primeros pasos en el negocio	17
2. Jugando con Sinaloa	45
3. Entre coyotes	67
4. El cartel de Chicago. Los Mellizos	83
5. Las commodities y los narcos	129
6. Con los pandilleros de Los Ángeles	145
7. Los protagonistas del crimen organizado. El Mochaorejas y Adolfo de Jesús Constanzo	173
8. Narcos en Centroamérica. Maras y blanqueo de capitales	197
9. Bitcoin y el tráfico de dinero oculto	235
10. En las entrañas de la banca suiza	241
11. Encerrona en Tamaulipas	259

PRIMEROS PASOS EN EL NEGOCIO

El comandante del vuelo de American 8832 con destino a Ciudad de México acababa de dar la información de que comenzaban a volar sobre el golfo. Richard Corbin miraba por la ventanilla, sabiendo por experiencia que todavía les quedaban más de dos horas sobrevolando aquel inmenso mar del golfo hasta que tomaran tierra.

El vuelo, por suerte o por desgracia, lo había realizado en decenas de ocasiones. Los tiempos no eran buenos para nadie. Desde hacía años Richard ya solo viajaba en primera clase, no porque su situación económica fuera lo boyante que pueda parecer, sino porque se lo exigía a sus clientes.

Corbin era de esa especie de tipos desubicados, cuando estaba en casa caminaba de un lado a otro por el pasillo como un león encerrado, deseando que sonara el teléfono con aquella llamada que le sacara de su país nuevamente. Pero cuando ya llevaba un tiempo dando tumbos por el mundo, estaba deseando volver a aquel encierro, que al menos creía era su hogar.

Richard había nacido en el sur de España, en la Costa del Sol, hijo de padre inglés y madre española. Había vivido toda su infancia y juventud pensando quién era su extraño padre, escuchaba conversaciones z en su casa. Los amigos de la familia que llegaban de visita a su hogar eran de todas las nacionalidades, árabes, rusos, italianos. A muchos de aquellos hombres se los encontraría más tarde en su camino, y a otros

simplemente los reconocería en el noticiario como detenidos por algún fraude o negocio extraño. Más tarde, y con el paso del tiempo, se enteraría de que su padre trabajaba para el servicio secreto británico, el MI6. Lo que nunca pudo averiguar fue si todos los negocios de los que oía hablar en el salón de su casa estaban en el conocimiento del gobierno de su graciosa majestad.

Lo cierto es que Richard no tuvo mucho tiempo para poder preguntarle a su padre. Este murió cuando él era muy joven, por lo que pudo entender años después que lo que no habían conseguido los malos del mundo lo consiguió un cáncer de pulmón galopante, que se lo llevó en menos de seis meses.

Su madre se quedó entonces en una desahogada posición, gracias a «unos papeles» que le daba el gobierno británico, que ella iba a cambiar por dinero al banco y que, según se enteró más tarde, eran bonos del Estado. Lo que estaba claro era que a los ingleses tampoco les interesaba que se supiese del trabajo de su padre, y por ello habían comprado el silencio de su madre.

Una madre a la que realmente no le interesaba mucho su hijo, que sería un estorbo en las reuniones y lujosas fiestas marbellís de aquel final de los años setenta. Richard fue botando de internado en internado, y con su mayoría de edad terminó viviendo en la capital británica. Aquel fue el principio de una vida de sorpresas que no pararía. Trabajó en los principales periódicos del mundo. Eran años complicados los de aquel final del siglo xx.

La caída de la Unión Soviética provocó muchos cambios en el planeta, la gran mayoría con guerras civiles de por medio. Ese fue el destino favorito de Richard y su hogar durante mucho tiempo, las contiendas bélicas de aquellos años.

Siempre viajaba al lado de los invadidos, donde estaba la información. Él sabía que era el lugar más peligroso, pero aprendió a sobrevivir en esos ambientes. Como siempre decía, «en una guerra, si sobrevives en la primera, ya está todo hecho,

aprendes y es muy difícil que metas la pata y acaben contigo». Una época en la que realmente disfrutó de su vida. Estaba todo el día viajando y recorrió prácticamente el mundo, conociendo gente de todo tipo, que le ofreció negocios y contactos que no tardaría en aprovechar.

El primer contacto de este tipo lo tuvo en la Armenia soviética. Allí conoció a un traficante de armas que aunque parezca de chiste la situación, marcó el principio de una nueva vida. Aquel tipo, un canadiense al que su cuñado había metido en este lío, viajaba a Ereván, la capital armenia, con la simple misión de llevar unos contratos de venta de armas que le tenía que firmar un determinado parlamentario.

Este hombre viajaba en un convoy de prensa, muy bien pensado para evitar todos los controles, pero no había más que verle para saber que algo ocultaba. Corbin le vio nervioso y se ofreció a ayudarlo. En ese momento, Jack, que tal era el nombre de aquel aprendiz de traficante, se derrumbó y le contó a Corbin toda la situación, diciéndole que aquello era mucho para él. Su cuñado le había metido en esto para que ganase un buen dinero, pero no podía con la tensión y el miedo de ser descubierto por los mercenarios rusos.

La verdad es que razón no le faltaba. Si los rusos le descubrieran esos contratos, no le preguntarían nada, al menos hasta después de hacerle filetes.

Richard no se inmutó, con todas las cosas que había visto ya en su vida aquello le parecía gracioso. Jack le ofreció hacer él el trabajo y llevarse el beneficio. Solo le pedía que le ayudase a llegar al aeropuerto y a conseguir un vuelo a Moscú, que sería el principio de su huida de aquel mundo en el que había caído por casualidad y que no era el suyo.

Para nuestro protagonista no supuso ningún esfuerzo presentarse en el Parlamento armenio y preguntar por el diputado que le tenía que firmar los contratos. Aquel hombre apareció por las escaleras de brillante y lujoso mármol blanco, que

contrastaba con la suciedad y miseria que había en las calles de aquella Armenia en guerra independentista.

Arsak, aquel hombre delgado y vestido con un traje de rayas blancas sobre sobrio negro, con cara de fedayín cubierta por una espesa barba, firmó los contratos sin apartar la mirada de Corbin, con una sonrisa que nunca abandonó sus labios. Aquellos contratos les permitirían acceder a las armas necesarias para iniciar una ofensiva que creerían daría la vuelta a la guerra. Tristemente se equivocaba, pero Corbin ya era un experto en tratar con estos tipos, aunque la situación fuese nueva.

Simplemente tenía que viajar a Londres, a la dirección que le había dado Jack, preguntar por su cuñado, Lawrence, y entregarle los documentos.

La oficina se encontraba en la céntrica calle Regent, que termina en Piccadilly Circus, el centro financiero y turístico de la ciudad. Un portal incomprensiblemente ancho daba acceso al edificio, se notaba que por allí habían pasado carruajes de caballos. Una construcción señorial en la capital británica y sus años dorados de imperio.

Subió al primer piso acompañado de un maletín que contenía los documentos que le habían firmado. Corbin conocía el valor de aquellos papeles y no se había separado de ellos desde que se los habían rubricado. Ante él, una puerta enorme de madera, con más años incluso que el edificio y sin ningún detalle identificativo de que allí dentro había alguna empresa. Llamó a un timbre de porcelana a su derecha y automáticamente escuchó el zumbido eléctrico de una cámara que se dirigía a él desde el cerco de la puerta mientras una sensual voz le preguntaba qué deseaba.

—Tengo una cita con el señor Lawrence —contestó.

Un fuerte golpe eléctrico desbloqueó varios pernos que mantenían cerrada la puerta y una muchacha rubia vestida con unos pantalones tan estrechos que no podía comprender cómo podía sentarse con ellos le invitaba a pasar, mientras pensaba que aquella chica debía estar trabajando de modelo

o de prostituta de lujo, en lugar de en aquel sitio que no le pareció muy de fiar.

Se sentó en un sillón de cuero, que también debía de ser centenario, a esperar a Lawrence, sin saber lo que allí encontraría y lo que iba a cambiar su vida después de aquella reunión. Su anfitrión no tardó en aparecer, un auténtico dandi inglés, con impecable traje de Príncipe de Gales, con corbata y un pañuelo verde que asomaba tímidamente de su bolsillo. Unos zapatos italianos y una barba pelirroja de *hipster** completaban el atrezo de aquel hombre que podía pasar por un alto ejecutivo de cualquier banco londinense.

Pero nada más lejos de la realidad, el recibimiento fue extremadamente efusivo. Corbin creyó incluso que iba a terminar abrazándole.

—Señor Corbin, no sabe lo que le agradezco su trabajo y seriedad —le espetó aquel hipster de tres al cuarto, pues tal había sido su primera impresión sobre aquel maniquí—. Me avergüenzo de mi cuñado Jack, le di una oportunidad que llevaba años pidiéndome y casi me mete en un lío que podía haber terminado muy mal.

Corbin estaba cómodo y le contestó:

—No se preocupe, Lawrence, llevo muchos años metido en estos ambientes y sé lo que valen estos documentos, aquí los tiene, no me he separado más de medio metro de ellos desde que me los firmaron.

—Muchas gracias, señor Corbin, a todos les parece un trabajo atractivo y con él se puede ganar mucha plata. —Notaba que este tipo había trabajado mucho en Sudamérica—. Pero cuando estás en el campo solo uno de diez llega hasta el final, y si estos papeles se hubiesen perdido, quizás a mí me habría costado la vida, pero con seguridad el primero en caer habría sido mi cuñado.

* En inglés, persona moderna y sofisticada (*N. del E.*)

Mientras le decía esto le deslizó un sobre en la mano, a lo que Richard correspondió con la entrega del maletín que llevaba como una prolongación de su mano desde hacía varios días. Una enorme sonrisa iluminó la cara de Lawrence cuando abrió el portadocumentos, e instantáneamente le dijo a Corbin:

—Nos vamos a un lugar más *agradable* a tomar algo y charlamos tranquilamente.

Fueron directamente al pub Black Dead, uno de los favoritos de Richard, en el centro del Soho londinense. Desde hacía mucho tiempo este tipo de sitios patibularios eran los favoritos de Corbin. No es que le molestase el tipo de gente que se movía por estos tugurios en todo el mundo, él se encontraba mejor que en cualquier lugar. Esto era algo que le había preocupado alguna vez, cuando paraba su alocada vida para pensar en aquello en lo que se estaba convirtiendo.

La conversación discurría fluida, como si se conociesen de toda la vida. A pesar del aspecto hipster de Lawrence, este tenía muchas cosas en común con Richard. Lawrence había viajado por todo el mundo, al principio como hippie en busca de respuestas, y en aquel tiempo en que era posible llegar por carretera desde Londres a la India, había conocido a personajes que habían cambiado su vida. Atravesó Irán y el Afganistán más medieval que podamos imaginar, ya bajo la dominación soviética.

Allí conoció a gentes que le ofrecieron un cambio en su vida, solo necesitaban un tipo valiente, o quizás inconsciente, para aceptar su propuesta. Desde luego dieron en el blanco, y Lawrence aplazó su viaje en busca de la espiritualidad y buena hierba en Goa por una oferta de trabajo que con su edad le parecía muy atractiva.

Allí comenzó a traficar con armas, desde lo más bajo, como responsable de las caravanas de mulas que pasaban desde Pakistán para aprovisionar a los señores de la guerra en su lucha contra los rusos, hasta el puesto que ocupa hoy como directi-

vo de la Outcome, la mayor vendedora de armas ilegales en el mundo. Outcome manejaba más de cincuenta sociedades que trabajaban en todo el mundo, con un entramado prácticamente imposible de localizar.

Lawrence nunca había conocido a sus jefes, solo tenía que mantener la oficina de Londres y a su equipo de contactos viajando por el mundo y trayendo esos contratos de venta de material, en muchos casos firmados por el diablo. Su labor era hacer llegar esa documentación a sus líderes, que se encargarían del envío. Un trabajo cómodo, pero que se había ganado jugándose la vida desde que comenzó caminando en las montañas afganas.

Richard estaba tranquilo y comenzó a charlar sobre su vida. Algo que no le gustaba y en contadas ocasiones lo hacía. Él también había estado presente en muchas guerras, incluso había salido en el último avión soviético que se elevó sobre la ya devastada Kabul lanzando bolas de fósforo para evitar los misiles de calor. Había conocido muy bien aquella guerra, que como todas había estado financiada por los grandes intereses mundiales, y con la que habían sacado a los soviéticos para instaurar un régimen talibán que había tenido catastróficas consecuencias más adelante y había cambiado el *orden* mundial.

Corbin tenía muchos amigos de aquella época, entre los que se encontraban traficantes y agentes de Langley, los *cias* que manejaban el mundo en aquellos momentos.

Las horas y las pintas de cerveza fueron cayendo mientras se contaban sus intimidades y secretos de lo que ocurre entre bastidores en una guerra. Solo los sacó de su animada conversación la campana, que con un sonido que pareció despertar a los clientes del bar anunciaba el cierre del local. Los dos se miraron a los ojos y pensaron lo mismo, aquello no podía terminar así. Por lo que de mutuo acuerdo y estando en el Soho londinense, solo podían dirigirse a un lugar.

No estaban en edad de discotecas. Ambos habían conocido los mejores sitios de diversión en el mundo. Así que al salir

comenzaron a caminar hacia el Sunset Strip, un club en lo más profundo de la oscuridad londinense. Los dos habían estado en este lugar en muchas ocasiones.

Lo primero que les sorprendió al traspasar el umbral fue la falta de ese olor a humedad y perversión que no puede faltar en estos lugares.

—Todo cambia, amigo —espetó Lawrence a su interlocutor—. Aquí ya no hay ese ambiente patibulario que tanto nos gusta.

Ahora ante ellos había un club limpio, como una discoteca lujosa y un escenario donde actuaban las chicas, todo pulcro y caro y con muy poca clientela. El sexo en estos lugares ya no es negocio. Realmente el mundo está cambiando a pasos agigantados.

A pesar del exceso de glamour en el local, se sentaron a una mesa mientras veían sobre la tarima a un número sin fin de bellezas del Este retozando en el escenario mientras se desprendían de la poca ropa o lencería que llevaban sobre sus blancos y perfectos cuerpos.

La conversación continuó ante una botella de ginebra que a Corbin, a estas alturas de su vida, le daba lo mismo tomar sola que mezclada. Se había bebido todo lo que un ser humano puede aceptar, y ese límite lo había sobrepasado hacía ya muchos años.

Estando en pleno efluvio de los vapores del alcohol, Lawrence lanzó una pregunta que su compañero estaba esperando desde que se habían conocido en la oficina.

—Richard, ¿a ti no te interesaría trabajar con nosotros?

La respuesta de Corbin no fue lo que Lawrence esperaba. Richard se metió la mano lentamente en su chaqueta Alpha Industries M-65, la chaqueta oficial de combate en el ejército americano, con cuatro bolsillos exteriores en los que podías cargar lo que fuese necesario, más un bolsillo interior que le cosía Corbin para transportar lo que nadie podía ver. La tenía en todos los colores y nunca salía sin ella puesta.

Lawrence pensó lo peor, que del interior de la chaqueta iba a aparecer un arma, o peor aún, la placa de la Europol. Le había dado tan buena sensación Richard que había salido de la oficina sin la Walther PPK que siempre llevaba en su cintura, un error de principiante.

Los sudores que comenzaban a llegar a su frente se calmaron cuando vio aparecer del interior de la M-65 el sobre que él le había entregado a Corbin a cambio del maletín. Como si el tiempo no corriera e ignorando la tensión que sabía estaba creando, Corbin abrió el sobre y miró el cheque bancario que estaba en su interior. Lo volvió a guardar mientras contestaba a Lawrence –«por supuesto que sería un placer trabajar con vosotros»– mientras pensaba cómo iba a cobrar aquel cheque de cien mil libras con las que habían recompensado su trabajo en Ereván.

Aquello no fue un problema, a partir de aquel día la Outcome le facilitó cuentas en Luxemburgo y Panamá, desde donde podría manejar sus nuevas finanzas sin llamar la atención.

Aquella noche, como en *Casablanca*, fue el principio de una gran amistad. Los dos sabían lo que estaban haciendo, en ese negocio lo principal es la lealtad, se gana mucho dinero, conoces a personajes que la gente normal no puede ni imaginar que existen, ni en la mayor película de ficción se pueden crear los tipos que Corbin conocería a través de su nuevo trabajo.

Un pacto que sellaron en un lupanar de Covent Garden que Richard conocía de sus estancias en la capital del imperio. Lawrence, como bien imaginaba, le ofrecía otras muchas opciones de pisos en toda la ciudad.

Eran dos lobos solitarios, lo principal en este negocio, además de caballeros, educados y con una moral que no habían conocido ninguno, a pesar de los buenos colegios en los que habían intentado inculcársela.

Su falta de moral o escrúpulos los llevaría a lo más alto o quizás al final prematuro de su vida. Dos tipos llenos de vida, y

si las balas o las explosiones que llevaban tiempo silbando a su alrededor se lo permitían, llegarían a la vejez sin haber pasado por la madurez.

Aquella noche fue de las memorables que Corbin tenía en su memoria grabadas a sangre y fuego. Realmente fueron pocas estas noches salvajes sin límite, donde todo corría como si lo fuesen a prohibir. Había estado presente en tremendas y desenfrenadas fiestas en lugares lujosos y tétricos, pero como decía, muy pocas realmente habían quedado en sus recuerdos como «inolvidables».

Lo único que Richard no había hecho en su vida era consumir drogas, había visto a demasiada gente destrozada por eso y que no respetaban a nadie. Incluso en el tercer mundo, donde la figura de los progenitores es importantísima, donde entraba la droga aquel hogar se destrozaba. Era un convencimiento propio, no porque le pareciera que aquello estaba mal, como nada en la vida, ¿quién era él para juzgar a nadie?

Los siguientes años trabajando para Lawrence fueron magníficos. Estuvo presente en todos los conflictos bélicos que el hombre podía crear en toda la tierra, siempre necesitaban sus servicios. Conoció a Kabila en el Zaire, al comandante Arkan en Yugoslavia, a los generales de Yeltsin en Rusia, al comandante Cero en Colombia, a Carranza, el zar de las esmeraldas, en Colombia, flirteó con los militares de Noriega en Panamá y sobre todo conoció a los que manejaban el poder económico y financiero en efectivo en el mundo, los grandes carteles de la droga de Sudamérica.

Los años fueron pasando en la meteórica carrera de Corbin y se encontró convertido en el tipo de confianza de todos. Él siempre cumplía, era un hombre de honor y palabra. Atrás quedaba su carrera periodística, incluso la de la venta de armas. Había generado montones de amigos en el mundo, casi tantos como enemigos.

Lo que le llevó a pasar al siguiente escalón fue que muchos de estos tipos, los *malos*, en cualquier película solo confiaban

en él. Sobre todo si había una gran cantidad de dinero de por medio, entonces debían llamar a Corbin.

Ya había pasado mucho tiempo y lo único que seguía manteniendo en su vida era la amistad con Lawrence. Desde aquel día que se habían conocido por culpa de su cuñado, no se habían separado ni dejado de hablar por teléfono un solo día.

Lawrence se había casado, un símbolo de debilidad, como él mismo decía. Pero aquello no había cambiado a ese crápula que llevaba escondido bajo sus trajes de Armani. Cada vez que Richard aparecía por la oficina de Londres, terminaban rebozados en los peores tugurios de la capital británica.

Todo estaba cambiando a su alrededor, el mundo, los contratistas de armas y mercenarios estaban convirtiendo el negocio en algo legal y un gran negocio para las potencias mundiales. Los soldados de fortuna o mercenarios habían desaparecido, y Corbin añoraba aquellas reuniones en el hotel Olympic de Kisangani (Zaire) donde se reunían todos los soldados de fortuna del sur de África, unos buscando trabajo y otros descansando de la lucha. Allí hizo muy buenos amigos que conserva hasta hoy.

En estos tiempos, los soldados trabajan para grandes empresas contratistas, que los *alquilan* a las potencias (el mejor cliente es EE.UU.) para sus invasiones. Si hay bajas en combate no aparecerán en el censo de muertos nacionales, con lo que la opinión pública no se echará encima. Los muertos ya nunca serán oficiales. Realmente, en pocos años el negocio se estaba moviendo hacia un lugar incontrolable, y Richard y Lawrence lo sabían.

Por eso Corbin había llamado a su amigo para concertar una nueva reunión, aparte de que siempre les apetecía verse. Richard tenía una consulta que hacerle a Lawrence.

Quedaron directamente en el Black Dead, el único pub que parecía sobrevivir al tiempo, al igual que ellos.

Cuando sonaban las dos de la tarde en el reloj del pub, con puntualidad alemana el ejecutivo de Outcome entraba por la

puerta. Corbin ya le esperaba dentro, Richard siempre llegaba antes a cualquier reunión, para sentarse mirando a la puerta. El oficio durante años le había enseñado que esa era la única manera de sobrevivir, siempre sentado con la espalda contra la pared y controlando a todos los que entraran en el local.

Corbin esbozó una sonrisa mientras miraba a su amigo, que seguía con aspecto impecable. Se notaba que sus trajes eran cada vez más caros, aunque también más grandes, pues el aumento de peso y el paso de los años en Lawrence eran evidentes. Aunque mantenía su aspecto de pelirrojo hipster interesante, por el que desde luego nadie podría imaginar a qué se dedicaba aquel tipo con aspecto de lord inglés, eso sí, siempre que no descubrieran la PPK que ocultaba bajo su amplia chaqueta.

Corbin continuaba con su inseparable chaqueta M-65, que le servía para portar cualquier cosa o arma oculta, además de que abrigaba y permitía revolcarse por el suelo en cualquier refriega o cuando caía una bomba cerca, como le había ocurrido tantas veces en los últimos años.

Los dos se fundieron en un abrazo de entrañables amigos, de los de verdad, de los que los dos sabían se dan tan pocas veces en la vida.

La conversación comenzó entre esas cervezas templadas que tan poco gustaban a Corbin y encantaban a Lawrence. Estuvieron contándose las últimas vivencias y anécdotas de un trabajo que cada día te enseña una cosa nueva. Nunca hay un día igual al que hemos vivido, y quizás eso era lo que los enganchara a los dos.

Pasaron horas pisándose las palabras el uno al otro, poniéndose al día. No hacía tanto tiempo que no se veían y hablaban a diario, muchas veces por teléfonos satélite, al no tener otra comunicación posible, pero un día en la vida de estos dos personajes sin duda tendría más anécdotas y cosas que contar que en toda la vida de un corriente mortal.

En este ambiente de camaradería, Richard le hizo una confesión a su amigo:

–Law –como solo Corbin se atrevía a llamarle–, sabes que el negocio está complicado, aunque hay menos trabajos están mejor pagados, a pesar del intrusismo, pues con las nuevas tecnologías todo el mundo se cree capaz de moverse en este ambiente y basta entrar en la *deep web** para encontrar jugosas ofertas de venta de cualquier aparato. Muchas veces imposible de conseguir por nosotros. Los propios gobiernos los venden a través de la *deep*, lo que es otro cantar es que el negocio sea verdad y no termines en una alcantarilla de Bielorrusia cuando vayas a reclamar.

–Ya no hay honor, hermano –respondió Law–, hace unos años moríamos por nuestra palabra, no imaginas los problemas que estamos teniendo. Ahora no nos podemos fiar ni de nuestros trabajadores. El pasado mes teníamos un cargamento de diez mulas con rifles Accuracy de francotirador entrando en Serbia por las montañas, era indetectable y por una nueva ruta. Pero nos cazaron y robaron todo, nuestro guía había vendido el cargamento a los dos bandos y ahora está desaparecido. Como te dijeron una vez a ti cuando preguntaste qué ocurriría si te largabas con un pagaré de cientos de millones en Zaire, la respuesta es la misma, como no se esconda en el Yemen no tiene lugar en el mundo donde huir de nosotros.

–Por eso mismo, Law, sabes que desde hace años y a media escala he realizado operaciones financieras y he colocado dinero de los más importantes en paraísos fiscales y conozco todas las *lavadoras* de plata que hay en el mundo. Este negocio nos ha dado mucho –continuó Corbin– y también hemos gastado mucho. En este momento sabes que los dos nos podríamos retirar, con una vida normal y en la campaña francesa o en el sur de España podríamos llevar una vida tranquila y apacible, lo que nunca hubiésemos imaginado, esperar a morir de viejos.

* Es la Internet profunda, se refiere al conjunto de sitios web que no están indexados por los principales motores de búsqueda. (*N. del E.*)

—Nosotros no somos así, Richard, antes muertos que llevar una vida normal, ¡estaría bueno terminar como cualquiera! —le cortó Law—. Yo me casé porque creía que podía ser una persona normal, pero no me ha podido pasar nada peor. Realmente quiero a Karen y jamás le podría hacer el menor daño, pero es superior a mis fuerzas. Veo a mis dos hijos y solo espero que vivan la vida que yo he vivido. Que no sepan lo que les espera mañana, que viajen, conozcan a las mejores minas¹ del mundo, estén en las mejores fiestas y no paren de conocer gente, buenos y malos, eso es la vida, hermano, y el día que frenemos o levantemos el pie del gas, se acabó.

»Sabes que en la oficina siempre he tenido secretarias espectaculares y eficientes —confesó Law—, siempre solo una, porque que una persona conozca todos los entresijos del negocio era mucho. Pues la última, Jenny, ya no es una cría, tiene treinta y cinco años, casi quince años menos que yo, no sé si será la edad o ver este mundo que me parece irreconocible, pero me he liado con ella. Yo creo que no quiero darme cuenta de que estamos más cerca del final que del principio de nuestras vidas. Ya sabes que tantos años en el negocio nos permitiría retirarnos dignamente y no volver a preocuparnos de la plata el resto de nuestra vida, pero no es eso, no somos capaces, y de verdad, Richard, que nadie se entere de que este trabajo lo haríamos gratis.

Nadie podía ver la vida de forma tan parecida a como lo hacían Corbin y Law. Nadie le podía hablar de infidelidades a Richard cuando él llevaba cuatro matrimonios a cuestas. Sus vidas, desde luego, eran atrayentes para cualquier mujer, triunfadores que podían llevarte a los mejores sitios, a la vez que tipos duros en las circunstancias más difíciles, pero también las personas más cariñosas del mundo. Ese cariño de verdad que siempre habían mendigado y pocas veces recibido, como le dijo Corbin a Law:

1. En Chile, putas. (*N. del A.*)

–Nuestro problema es que nos hemos vendido por cariño. Una conversación que se empezaba a poner transcendental, y ese no era su rollo.

–A lo que vamos, Law. De las muchas operaciones financieras que he realizado, como en las armas, tengo muy buena fama, nunca me quedé con un centavo de más o que no hubiésemos pactado anteriormente. ¿Te acuerdas de don Julio, el Rey, el capo del cartel del Golfo? Desde hace años es cliente nuestro y uno de los que más armamento ligero y Barrett¹ nos ha comprado.

–No me voy a acordar de ese gran hijo de puta –contestó Law–. Ha sido el único cartel que nos ha dado problemas con los pagos, sabiendo que era el que más dinero tenía.

–Don Julio no quería dinero, quería poder, y al que le hacía sombra lo despellejaba vivo sin inmutarse, se cambiaba de camisa y volvía a sentarse a cenar con los pendejos de sus hijos y la sufridora de su esposa doña Patricia, aunque ya nos enteramos de que ella era el cerebro del negocio y él su brazo ejecutor. La semana pasada recibí una carta en mi apartado de correos de París. –Richard era de los pocos que se seguían moviendo y recibiendo encargos por correo ordinario, tenía apartados de correo por todo el mundo, una simple llamada del cliente y un código le decían dónde tenía una notificación–. Don Julio me pedía que nos reuniéramos en Guanajuato, en el centro de México, que tenía un tema muy importante, el más importante de su vida que contarme, y que si llegábamos a un acuerdo podría comprarme una isla en el Caribe. Vengo de París con un ticket en primera abierto a Guanajuato. Solo quería decirte que si no vuelves a saber nada de mí, allí estaré, y solo por precaución, ¿qué te parece el tema?

El semblante frío de Law cambió por un momento, allí no solo estaban hablando de negocios, su amigo le había preguntado directamente qué hacía con su vida, y no pudo más que contestarle:

1. El fusil de francotirador por excelencia, con un calibre 50 capaz de atravesar una pared o matar a alguien a tres kilómetros. (*N. del A.*)

—Mira, Richard, nosotros con el paso de los años nos hemos hecho como hermanos, somos los últimos supervivientes de una raza de gente de honor y palabra, somos los dinosaurios del negocio. Lo que llevamos buscando ambos desde hace tiempo es ese golpe que nos retire, y no dudes que cuando este llegue, nos retirará a la isla del Caribe que te ofrece ese hijo de puta de don Julio o al camposanto.

Continuó Law:

—Corbin, tú tienes muy buena fama en los negocios financieros de estos hijos de mala madre, no sé lo que te va a ofrecer, pero será algo muy jugoso, demasiado jugoso quizás, pero sin duda atractivo. Será peligroso, y tratando con esos tipos quizás esta sea la última vez que nos veamos. Te conozco, Richard, y sé que a pesar de lo que te diga volarás a México, simplemente lleva el teléfono satélite y vete contando cómo va el tema, ya sabes que puedo contactar con amigos que nos ayuden en cualquier lugar y momento, eso sí, mientras puedas sujetar el teléfono en la mano y no te las hayan cortado —dijo Law mientras ambos reían.

Un abrazo real, de cariño y de respeto, que olía más a despedida y fin de una etapa o de una vida, selló aquella reunión.

Richard volaría a Guanajuato al día siguiente, no había más que aclarar entre dos viejos lobos de las trincheras.

Aterrizando en Ciudad de México

Todo esto pasó por la cabeza de Richard en los minutos finales de su vuelo a Ciudad de México. Él siempre había dudado si sería verdad eso que cuentan de que en los últimos momentos de tu vida, esta pasa ante ti como si de una mala película se tratara. Por suerte o por desgracia, Richard había sentido esto en muchas ocasiones, desde intentos de fusilamiento o cuando escuchas el amartillamiento de un AK-47 cerca de tu oreja, ese sonido como un golpe entre tablonos de madera que no se puede olvidar.

Y sí es cierto que te pasa la vida en segundos, pero no es agradable, aunque siempre que Richard había estado al límite no había tenido miedo ni nervios. Recibía ese ruido o esa amenaza de que podía estar al final de su vida con total tranquilidad, relajado, y lo único que había pensado en esos momentos era como una frase de dibujos animados: «Esto es todo, amigos».

Por suerte, todavía no había llegado el silbido o el estruendo que marcaría el final real, pero tampoco lo rehuía, muchas veces este final es un descanso cuando estás harto de una vida en la que crees haberlo visto todo y han sido más las desilusiones que las alegrías. La gente te ha fallado, y cuando tú creías tener un amigo o el amor de una mujer, era mentira.

Sobre todo estas, a las que el mundo en el que se movía Corbin atraía como un imán, el mundo y el nivel de vida del que disfrutaba, pues Richard siempre había tenido una frase que era su filosofía de vida: el último cheque que des en la vida tiene que ser sin fondos, será la señal de que has vivido.

Hasta que un día, un conocido le preguntó al escuchar esta frase:

–Y si no te mueres, ¿qué haces?

Corbin le sonrió mientras le espetaba:

–Pues daría otro, ya tendría la suficiente buena fama para que el banco me lo acepte.

Cuando el avión se detuvo y conectó su puerta en el *finger*, a Richard se le aceleró el corazón. Siempre le ocurría lo mismo al comenzar el trabajo, estaba deseando entrar en acción, no quería reconocerlo pero aquella chamba*, como decían los sudamericanos, le encantaba.

El calor ya se hacía insoportable mientras caminaba por el pasillo que le comunicaría con la terminal. Ciudad de Méxi-

* En algunos países de Latinoamérica, actividad que realiza habitualmente una persona para ganarse la vida. (*N. del E.*)

co, una de las ciudades más grandes del mundo (más de veinte millones de habitantes), tiene un aeropuerto que no le corresponde. No hacen nada más que poner parches y ampliaciones de pega en un aeropuerto que no tiene ya remedio. Ya tienen aprobada la construcción de uno nuevo, pero los mexicanos, con su carácter, no se atreven a iniciar la construcción, pues ya saben de antemano que la corrupción elevará el costo tres o cuatro veces por encima del presupuesto inicial.

La aduana es un trámite normal en el país. En Sudamérica Richard está como en casa, lo único que le retrasa un poco es cuando el funcionario se queda mirando los sellos que casi llenan por completo todas las páginas del documento de identificación, y siempre le preguntan lo mismo: «¿Viaja mucho, míster?». A lo que él también responde siempre lo mismo: «Por vacaciones, amigo».

Si el funcionario supiese que ese es solo uno de los muchos pasaportes que tiene activos, con diferentes números, dependiendo del lugar a donde viaje. Uno para los países árabes, otro para viajar a Estados Unidos y un tercero para el resto del mundo. Siempre que puede utiliza su nombre real. Cuando en alguna ocasión utiliza un documento falso para entrar o salir del tercer mundo es un lío, siempre pueden pillarte, los nervios y la tensión del momento te juegan malas pasadas y te pueden dejar la mente en blanco.

Aunque como su nombre era ya muy conocido en la mayoría de las aduanas de países bananeros, también llevaba media docena de pasaportes con otros nombres siempre en su maleta.

Aún recuerda aquellos buenos tiempos predigitales, cuando los pasaportes eran una foto grapada y un sello encima. Aquel truco del huevo cocido que había utilizado tantas veces para cambiar un sello de lugar. Tan simple como pasar un huevo cocido sobre un sello y volver a pasarlo por otro documento, el sello acompañará al huevo, nada más fácil.

Cuando estaba esperando su maleta para cambiar de aerolínea en un vuelo interior, notó como alguien le tocaba la espalda. Al volverse reconoció a aquel tipo mal encarado que había visto por primera vez en una reunión en Los Ángeles. Era Raúl, más conocido por el Tres Puñales. Un tipo grande, de más de 150 kilos de peso en canal. Siempre vestía de negro, con un pañuelo del mismo color en la cabeza. Raúl hizo un intento de sonreír cuando notó que Richard le había conocido. Las sonrisas no eran la especialidad de esta gente. Raúl era uno de los hombres de confianza de don Julio.

–¿Cómo le fue, señor Corbin? –le dijo Raúl con tono de pandillero.

–Hombre, Tres Puñales, qué haces tú aquí, estamos en la zona de viajeros. ¿Cómo has entrado?

–Yo no tengo problemas, señor Corbin –le respondió Raúl.

Exacto, esta gente no tiene ningún problema en los lugares manejados por funcionarios del Estado, en cualquier sitio tienen gente en nómina.

Raúl estaba allí para acompañar a Corbin en el viaje, sería como su sombra, vigilando todos sus movimientos.

Richard sabía que esta gente está muy bien organizada, no son los tontos que imaginamos, aunque a veces cometan errores, como lo de hablar por el celular cuando no deben. Hoy en día es lo único que tiene prohibido cualquier narco que se precie de tal. Siempre debe hablar otro y que esté lejos de él, nadie puede portar un celular en sus intermediaciones, ni encendido ni apagado.

Ya pasaron los años noventa, cuando cazaron a Escobar haciendo barridos de teléfono en el aire, intentando captar señal. Algo imposible, pero por un descuido del gran capo de Medellín, le pillaron.

Raúl sería la compañía de Corbin desde su llegada a México. Observaría y apuntaría todos sus movimientos, con quién hablaba, y desde que están juntos no hay celular. Apagados y

con la batería fuera es la única manera que te permiten; si tienes un iPhone, o lo destripas para sacar la batería o te lo tiran al cubo de agua, son las normas.

Yo creía que como en otras ocasiones volaríamos del D.F. a Guanajuato. Son menos de cuatrocientos kilómetros y buena carretera, pero los capos siempre la evitan, ya que se pasa cerca de Celaya o Querétaro, zonas muy calientes en el México de hoy en día. Esa es mi extrañeza al ver a la mole de Raúl camino de la salida con mi bolsa de teflón en una mano como si no pesase nada. Sale por la aduna saludando a los dos policías de inmigración, que contestan con una especie de reverencia, deben pensar quién es este gringo loco que va con Tres Puñales, quién sabe si al mismísimo infierno, y no andan descaminados.

Ya en la calle cargaron su equipaje en la clásica Chevy Suburban de todos los malos.

Preguntó a Raúl:

—¿Cómo vamos por carretera, si siempre hemos viajado en avión a Guanajuato?

—Por eso mismo, don Richard, porque siempre vamos en avión.

Norma de supervivencia del cartel, nunca hagas lo mismo dos veces.

Dentro de la Suburban es como estar en el salón de casa. Espacio por todos lados y tienes la sensación de ir montado en un tanque con motor de ocho cilindros, capaz de saltar por encima de cualquier obstáculo.

Me doy cuenta de que el conductor es el Guapo, un muchacho de Sinaloa al que conocí en los tiempos en los que se dedicaba a conducir carros en asaltos a los bancos. No tardó don Julio en conocer sus habilidades al volante y reclutarle para el cartel del Golfo.

El Guapo es un muchacho menudo, de no más de veinte años y pelo corto y rizado. Un buen chico que se metió en esto porque era la única manera de sobrevivir, y una vez que te metes no puedes dejarlo. Como dicen, el de delincuente es el único trabajo que no puedes cambiar en tu vida, si comienzas a trabajar en él no te dejarán elegir otro, matas o te matan.

–Hola, don Richard –me saluda el conductor.

–Hola, Guapo, me alegra ver que sigues vivo.

El muchacho, con una vida que le rebosa por todos los poros de su piel, una vida que en cualquier momento puede terminar, sonrío.

–No es fácil, don Richard, cada día cuesta más seguir vivo, o libre.

Y arranca el enorme carro, que con un rugido al clavar el pie en el acelerador hace que su cambio automático entre en acción. Levanta el imponente morro e iniciamos el camino hacia la reunión.

Me quedan cuatro horas de camino, así que decido dormir o hacerme el dormido, ya que Raúl no va a contarme nada de lo que me espera en la cita, y mantener una conversación con esta mole sería muy difícil y ya estoy demasiado cansado para intentarlo.

El camino discurre con tranquilidad, Guanajuato está situada en el centro de México y la llaman así, el corazón de México.

Richard había viajado muchas veces a este estado, no por gusto, aunque es un lugar precioso, sino porque todos sus clientes, los capos de los grandes carteles, vienen aquí a descansar.

Guanajuato es una zona minera y un lugar espectacular. Solo tiene una entrada por carretera y está situada en un precioso valle. La urbe está horadada por túneles que parecen galerías de mina por las que circula todo el tráfico de la ciudad. Es un poco agobiante, pero único en el mundo. Es como circular en coche por una mina, las paredes están en roca viva, como si les hubiesen sacado el último pico pocos minutos antes.

La gran ventaja para los delincuentes es que la ciudad está llena de turismo y locales nocturnos donde ellos pueden pasar desapercibidos al gastar grandes cantidades de plata, y lo mejor de todo, al tener una sola entrada pueden saber con antelación cuándo las fuerzas del orden vienen de camino, y así pueden escapar. Cosa que no pueden hacer en otros lugares como la cercana San Miguel de Allende, un lugar paradisíaco. Allí se rodaron todas las películas mexicanas de las últimas décadas, es como un plató de cine viviente, con turismo y una aparente tranquilidad que envidian en todo el país. Pero San Miguel, por su orografía, se presta a ser rodeada por las fuerzas del orden si quieren capturar algún delincuente.

Además de todas estas ventajas, el estado de Guanajuato ha estado libre de la intervención de los grandes carteles hasta hace bien poco. Lo tenían como una reserva para su salud. Pero ya empiezan a tener zonas tomadas por el cartel del Golfo o el de Sinaloa. Estas gentes no perdonan si hay un posible negocio.

Richard sabía que este viaje no iba a tener nada que ver con los otros a esta zona. Siempre había terminado en las mayores fiestas en cualquiera de los muchos hoteles de cinco estrellas que hay en la ciudad, aunque su preferido había sido siempre el San Diego, con ese aire antiguo y colonial que le caracteriza.

Al llegar a este lugar, mucha gente se sorprende de cómo pueden tener esta importante oferta hotelera de lujo, cuando lo que funciona en el mundo es el turismo tipo mochilero. Esta es una de las cosas que nos deja perplejos en este estado. Ya no solo en la capital, en cualquier pueblo minero, derruido por la caída de la minería y los grandes accidentes que han ocurrido aquí.

No es óbice para que encontremos un hotel de superlujo entre las ruinas, con un bar equipado con las bebidas más raras y caras que podamos imaginar, dignas de un hotel francés.

Muchas veces me alojé en estos hoteles solo. Son como grandes casas para cuando su dueño, el gran narco, quiere ir, o le viene muy bien para blanquear su capital.

Como respondía Pablo Escobar cuando le decían que ya no podían lavar más dinero, «pues compraremos lavadoras más grandes». Esa era su respuesta, y nada más acertado.

Por eso mismo no le extrañó cuando antes de llegar a la ciudad, el Guapo tomó un camino a la izquierda de la carretera sin avisar y sin disminuir la velocidad. Raúl, agarrándose como podía, simplemente dijo:

—Es por si nos siguen, todas las precauciones son pocas.

Precauciones absurdas en un mundo en que la tecnología nos puede estar viendo el pie desde un satélite. Cada vez se hace más difícil delinquir, y estos grandes siguen porque ellos son los que pagan a los que controlan el satélite. En caso contrario sería imposible desde mover un cargamento a ocultarse en cualquier lugar del planeta. Lo mismo que sería imposible poner a volar una avioneta de cargamento de droga o dinero si no existieran los corredores entre radares en Estados Unidos, donde los operarios apagan a ciertas horas, dejando el paso libre a quien les paga o amenaza.

Estamos en un mundo que por los avances de la civilización se ha convertido en un gran hermano virtual, siempre que no pagues. Por eso los lugares de trabajo o diversión de los grandes capos cada vez están más lejos de la civilización y tienen menos comunicaciones. Las comunicaciones, como nos demostró la última guerra en Afganistán, que bien conoció Richard de primera mano, no habían avanzado, habían retrocedido. Los talibanes ya no se comunicaban ni por radio, volvían a utilizar las palomas y los mensajes escritos y pasados mano a mano, una tecnología contra la que los ejércitos más avanzados no podían luchar.

Siempre que Richard dice que los narcos trabajan, la gente se ríe. Los narcos trabajan y mucho, no en las factorías, que ese

es otro negocio. Llevar activo el cartel es un trabajo que se resume en llevar las cuentas y cuadernos y más cuadernos donde se apunta todo, la carga que viene, su precio, distribuidores, etcétera. Nada se escapa.

Luego están los otros cuadernos, los de la gente comprada y los «pisos» que se cobran. En el de los sobornos están anotadas todas las fechas y cantidades pagadas a alguien y el porqué, y en el de los pisos están las cantidades que se cobran a otros carteles por utilizar su territorio de paso para llevar su producto al norte.

A estos apuntes debemos añadir las reuniones continuas con otros carteles o narcos para ajustar negocio y precio. Si a esto añadimos los negocios y viajes internacionales para trabajar con otras mafias como las europeas, veremos que es un trabajo duro, como dicen ellos «siempre escribiendo y de reuniones», lo que pasa es que está bien pagado, mientras dura.

Atravesamos una puerta en mitad de la verde campiña, un muchacho nos abre una verja acompañado de un cuerno de chivo (AK-47) que lleva colgado al hombro y parece abultar más que él.

Mal comienzo, pienso al verle, ya se sabe que el que empieza joven en el negocio también muere joven en el mismo.

Después de un rato circulando por accidentadas pistas dentro de la finca, calculo que unos cinco kilómetros al fondo, en una especie de elevación o colina que parece artificial, se ve una construcción. Al acercarse se nota que es la casa de un narco. El arte, como bien le llaman, narcorrománico está en todas las esquinas de esta edificación que se nota que es nueva.

Raúl pasa mi maleta al interior y enseguida la suelta a un tipo con pinta de campesino, y a este sí le cuesta mantener el equilibrio. La lleva a rastras por un suelo de mármol italiano que impresiona.

—¿La casa es nueva, Raúl?

Este asiente con la cabeza.

—Sí, don Julio la hizo para reuniones especiales, lejos de todo y de todos.

El campesino vuelve como alma que llevase el diablo, ya dejó la maleta en mi cuarto y me pide que le acompañe.

Pregunto cuándo veré a don Julio, y Raúl me contesta rápidamente y con un tono de voz helador:

—Mañana verá al Rey, como le llaman en el Golfo, tenemos que asegurarnos de que estás solo y nadie sabe adónde venías antes de que ponga un pie en esta casa.

Está bien que me traten como a un asesino o un soplón, como serían ellos. Siempre tienen un precio, y no entienden que uno pueda tener eso que antiguamente se llamaría honor, y que eso es lo que me ha traído hasta aquí. Aunque ya no sé si tenerlo es bueno o es malo.

Corbin estaba cansado del viaje, pero no podía dormir. Los vuelos en business no eran como cuando viajaba en turista o en aviones militares por todo el planeta, pero los años también cuentan.

Bajó al jardín y vio lo que nunca falta en estas viviendas, una enorme piscina con una fuente con dioses griegos en su centro y grandes cuernos de la abundancia de donde brotaba un enorme chorro de agua que caía a la alberca como si fuera una riqueza que nunca se va a terminar, como creen estos tipos que es su opulenta vida.

En una esquina de la piscina vio la silueta de una muchacha tumbada frente a los últimos rayos del sol que le ofrecía el día.

Camino hacia ella y me presento.

—Hola, soy Richard, un amigo de don Julio.

La muchacha se levanta sobresaltada, no esperaba a nadie allí que no fuese Raúl o cualquiera de los vigilantes que pode-

mos ver apostados en todos los flancos de la casa. Tímidamente me responde:

–Yo soy Loreto.

Dios mío, pienso, si apenas es una niña, y por supuesto ya imagino lo que hace allí.

Loreto es Miss Querétaro y tiene diecisiete años, don Julio la conoció en unas fiestas locales y le bastó decirles a sus padres que cuando viniese a la zona, esta casi niña sería su novia. Como los marineros, los narcos tienen novia en cada pueblo. Lo que no tiene nada que ver con que después tienen a la madre de sus hijos, que será su esposa hasta el fin de sus días. Normalmente estas son campesinas a las que enamoraron en los días en que ambos trabajaban en el campo, mucho antes de que él conociese los lujos del narco. Juntos han pasado por todo y juntos seguirán.

El capo siempre respeta a su mujer, aunque en este caso conozco a doña Patricia, la verdadera esposa de don Julio, un auténtico demonio. Si algo se le escapa a él, Patricia tiene una red de investigadores que se enteran de todo.

Loreto, como cualquier chica de su edad, es un encanto y comenzamos a charlar. Me cuenta que allí no puede hablar con nadie, los guardias no deben conversar con ella. Solo uno se atrevió a saltarse la orden y su «novio» no lo dudó un momento para cortarle la lengua.

–Usted será diferente, como es amigo suyo –me dice mientras me sigue hablando con el miedo en el cuerpo–. Yo vivo en el pueblo con mi familia, y de vez en cuando uno de los hombres de don Julio llama a mis padres que me preparen, pasan a recogerme y yo sé que estaré unos días aquí sola. Cuando aparecen don Julio y sus amigos, normalmente si viene aquí es para reunirse y después montar una gran fiesta. A mí las fiestas me gustan, hay bandas de música y buena comida, aunque a mí no me gusta eso que comen tanto y sabe a pescado podrido, el caviar, lo traen por cajas y parece que les gusta más que las

quesadillas o los tacos. Pero al final todo se va siempre de las manos, comienzan a disparar, los ves caminando en grupos de diez o doce personas fuera de la casa, cada uno con dos pistolas y disparando al frente mientras caminan, es espantoso y pienso que un día les va a pasar algo, pero ellos son los jefes. Esos días traen a todas las chicas de los pueblos cercanos, ni los padres ni los maridos pueden quejarse, pues saben que se los «bajarían» de inmediato.

Orgullosa me dice:

–Todos pelean por mí, pero yo soy del jefe, de don Julio.

–¿Y eso te gusta? –le pregunto.

–No, a mí no me gusta ser de nadie, yo solo sería de mi esposo, pero el Rey no me pega muy fuerte y cuando se va siempre me deja unos cientos de dólares.

No pega muy fuerte, pienso. Estos adalides de la familia, que respetan a los suyos pero que pueden despellejar a cualquiera, o pegar a una mujer simplemente por diversión o para autenticar lo machos que son, siempre me han parecido repugnantes.

He vivido muchos casos parecidos. En Osetia, en la Unión Soviética, unos cosacos con los que había estado tomando coñac la noche anterior capturaban un pueblo y al primer lugareño que se cruzaba en su camino le cortaban los huevos con unas tijeras de podar. Eso no era machismo, era una guerra, había que mantener el miedo en el enemigo. A partir de ese acto ya tomaban el pueblo sin que nadie se resistiese y no necesitaban matar a nadie más.

Pero la violencia en México es diferente, muchas veces gratuita, y eso es lo que los tiene apartados de la alta sociedad. Un traficante de armas puede relacionarse con la realeza, pero un narco con una fortuna diez veces mayor no podrá ni acercarse, no los quieren en ningún lado, pues donde van arrastran la violencia extrema.

La pobre Loreto se aburre y me dice si quiero que cenemos juntos, pero eso es lo último que haría, una cosa es charlar con

ella y otra que los vigilantes, o el terrible Raúl, que lo oye todo, comenten a don Julio que cené con su novia, son machos y celosos. Hay que aprender hasta dónde podemos llegar con sus propiedades, eso es lo que nos mantiene vivos.

Así que despidiéndome de la preciosa Loreto con un cortés saludo con la mano, la dejo allí en el borde de la piscina, tan bella y tan sola, una soledad que muchas veces identifico con la mía.

Al pasar por el salón tomó una botella de tequila José Cuervo 250 Aniversario que parecía le estaba mirando desde que había entrado en la casa. Una botella de más de dos mil dólares, colocada en aquel mueble bar con forma de bola del mundo con más de cincuenta mil dólares en bebidas, con los espirituosos más caros del mundo, difíciles de ver juntos en ninguna parte, a no ser en estas casas. Todos para gente que no sabría apreciar las delicias de estos caldos, pero aquella noche la botella de José Cuervo tendría un admirador hasta el amanecer.

Un amanecer que le sorprendió dormido en el sillón de mimbre de la terraza de su habitación, una terraza más grande que su casa, donde se había quedado con la botella de tequila y mirando a las estrellas, la mejor compañía que se podía pedir.

Cuando aún estaba haciéndose con su cuerpo escuchó unos golpes en la puerta.

–Richard, don Julio está aquí y quiere verte.

–Cinco minutos –contestó, mientras ya caminaba hacia la ducha.

Richard intentaba espabilarse bajo el chorro de agua tipo jungla, como llaman a estas regaderas* que echan cientos de litros de agua por minuto. No dejaba de fijarse en la grifería dorada, dudaba si sería de oro, pero conociendo a estos tipos no cabía la menor duda, jamás se gastarían plata en imitar algo cuando tenían el dinero necesario para pagar el original.

* Ducha. (*N. del E.*)